

## La secuela del colonialismo\*

Por ADLAI E. STEVENSON

Hace exactamente un año de la fecha en que se escribe este artículo que la crisis de Suez estaba alcanzando su punto de máxima tensión.

En mi país la atención popular estaba concentrada en la campaña para la elección presidencial. La inquietud sentida por algunos americanos ante el desarrollo de los acontecimientos internacionales era en gran medida ocultada a sus compatriotas. La Paz era uno de los principales temas de la campaña. Pero en el extranjero los esfuerzos para ocultar la inminente tragedia, o al menos, para oscurecerla hasta el día siguiente a la elección, estaba produciendo precisamente el efecto contrario: convencían a nuestros aliados y amigos que no podían confiar en que los Estados Unidos les ayudasen en lo que creían una crisis de supervivencia; una crisis, por otra parte, de la que la indecisa acción de los Estados Unidos en el Próximo Oriente era en gran parte responsable. Progresivamente los gobiernos de Israel, Francia e Inglaterra prestaban oído a los consejos más desesperados a medida que escuchaban las amenazas del Presidente Nasser y veían aumentar los stocks de armas comunistas en Egipto.

Luego aconteció la explosión del 29 de octubre a la que siguió una semana trágica .

Las tropas israelíes ocuparon la franja de Gaza, las bombas británicas caían sobre los aeródromos egipcios, la Unión Soviética hablaba de emplear "voluntarios" contra los "agresores" al mismo

---

\* Traducción amablemente autorizada por la revista "Optima", Johannesburgo, Unión de

Sud Africa, de su número de diciembre de 1957,

tiempo que advertía a la Gran Bretaña de su especial vulnerabilidad ante un ataque atómico. Cuando estos sombríos acontecimientos eran conocidos, mi país se alineaba en las Naciones Unidas en la misma posición que la Unión Soviética, que entonces estaba ahogando en sangre el intento húngaro de liberarse, censurando y amenazando a nuestros más antiguos amigos y camaradas de armas con una persistencia que parecía en París y Londres más una venganza que una censura. La Gran Alianza, que fué alcanzada de manera tan costosa en las peores horas de la II Guerra Mundial y que es indispensable para nuestra seguridad, sufrió entonces heridas de las que no se recobraría con presteza. Sobre sus ruinas pasó durante varios días una marea de amargas recriminaciones; en su pleamar el vicepresidente Nixon, con la aprobación del presidente Eisenhower, declaró triunfalmente: "Por primera vez en la Historia hemos demostrado independencia frente a la política anglo-francesa respecto a Asia y Africa, la cual nos parece reflejar la tradición colonial. Esta declaración de independencia ha tenido un efecto fulminante a través del mundo."

Eran palabras peligrosas, pero eran, sin duda, políticamente eficaces porque capitalizaban nuestra arraigada antipatía frente al "colonialismo" y al "imperialismo", actitud que nace más de una consideración de nuestra historia revolucionaria del tiempo de la Colonia que de un conocimiento extendido en la población del "colonialismo" contemporáneo.

Sin duda llamamientos a esta hostilidad tan extendida no son privativos de mi país. Todos hemos oído cómo estos imperialistas prácticos, Bulganin y Kruschev, elevaban la voz por encima de las descargas de la artillería en Budapest para advertir contra el colonialismo occidental, hemos oído a los líderes del Próximo Oriente que parecen encontrar compatibles las denuncias del imperialismo occidental con los sueños de los imperios propios: hemos observado la formación en las Naciones Unidas de un poderoso bloque por aquellos que conservan desgraciado recuerdo de la dominación occidental, pero cuyas llamadas a nuestra conciencia y fé en la libertad individual no son siempre congruentes con sus prácticas gubernamentales. Pero, como he dicho, generalmente nuestra hostilidad al imperialismo, con su sometimiento y explotación de los otros pueblos, en general no blancos, despierta un fervor moral que es absolutamente sincero en los americanos. El gran problema es que el mismo carece normalmente de perspectiva histórica y está pobremente informado, o tendenciosamente informado, en lo que se refiere a las realidades de la situación actual del mundo.

Porque aun si se estuviese dispuesto a conceder —lo que yo no

estoy— que el colonialismo occidental ha sido un ente absolutamente monstruoso y azotarle un ejercicio moral saludable, nuestra dedicación a este ejercicio sería inoperante, porque tal ser está muerto. En pocos años el antiguo sistema colonial, en sus formas tradicionales, ha desaparecido de la faz de la tierra. Las excepciones —en Africa, en las Indias Occidentales, en Chipre, en la minúscula Goa, por ejemplo, tan sólo prueban la regla. Este año, 1957, ha presenciado la independencia de Malaya, y con ella termina el período del gobierno colonial directo en Asia; este mismo año ha traído la independencia a Chana, la primera colonia no blanca de Africa que ha alcanzado plena soberanía externa.

De esta manera un capítulo termina en Asia y otro se abre en Africa, y los dos bajo el mismo sello: la substitución de la previa fase de control imperial por la de asociación (*partnership*) e interdependencia en el marco de una libre asociación de pueblos.

Lo que es más importante, este colonialismo, tal como ha sido practicado por la mayor potencia colonial de nuestro tiempo, no ha terminado en un baño de sangre y odio, último capítulo de tantos imperios pasados. La magnífica realización del Imperio Británico en la última década ha sido efectuar su propia liquidación poniendo los cimientos para una nueva y mejor comunidad de naciones. No hay ninguna duda de que la idea del Commonwealth, y los medios a través de los cuales la Commonwealth ha surgido del Imperio, es uno de los mejores frutos del raro genio político británico. En realidad, el carácter pacífico y la aparente facilidad de la transferencia de autoridad de la potencia metropolitana a la nueva nación —una transferencia que ha salvaguardado un activo deseo de continuar la cooperación y que deja intacto un sentimiento de historia y destino compartidos— ha impedido que muchas gentes hayan percibido el hecho ocurrido y, en mayor medida, hayan captado su significación histórica. Sin embargo, esta significación me parece clara: es que el viejo animal del colonialismo, cuyo cadáver está siendo maltratado, no fué totalmente una criatura monstruosa.

Tenía aspectos viciosos, sin duda alguna, pero en algunos sentidos fué un animal útil. Llevaba mucha carga cuyo peso empezamos solamente ahora, en el período que sigue a la caída del imperio, a constatar a medida que estamos obligados a soportarlo.

Permítaseme, en relación con las aspiraciones de los pueblos ex-coloniales, subrayar ciertos puntos de la actuación británica que me han impresionado sobremanera cuando he viajado a través del mundo.

El tipo de comunidad al cual aspiran las nuevas naciones de Asia y Africa puede ser definido con simplicidad: es aquella en que la pobreza, la enfermedad, la malnutrición, la ignorancia y el fatalismo

de las antiguas culturas sean mitigados. Pero tal tipo de sociedad es más fácil de describir que de alcanzar. Exige aportaciones masivas de capital y técnica y exige también un cierto grado de seguridad interna y externa; y es mi opinión que en tres aspectos esenciales la dominación inglesa ha ayudado a satisfacer estas condiciones necesarias guiando a los territorios coloniales en el camino de la expansión y del desarrollo.

*En primer lugar*, fué mediante el vínculo imperial que miles de asiáticos y africanos entraron en contacto con la educación y administración occidentales. El número de los afectados por tales conquistas del Occidente fué muy pequeño, constituyendo una "élite" en los pueblos sometidos. Sin embargo, no prosperó nunca la teoría de que los conocimientos deberían limitarse a la raza británica de los señores abandonando al resto. Como resultado durante más de cien años, una comunidad de enseñanza, de preparación y de estudios académicos cooperó en crear, en la India, por ejemplo, una pequeña pero decisiva clase compuesta por hombres y mujeres familiarizados con las técnicas e ideas occidentales. En ningún aspecto es esto más evidente e impresionante que en el Indian Administrative Service, en el cual, tanto gracias al ejemplo dado como a la preparación recibida por sus miembros, los principios de una administración incorruptible fueron transmitidos a los hombres que se encaran con el inmenso problema de administrar un estado libre y tutelar (welfare state) de más de 400 millones de ciudadanos.

*En segundo lugar*, los territorios coloniales recibieron a través del sistema imperial la corriente de capital y conocimiento técnico sin los cuales ningún ataque eficaz a los problemas sanitarios y económicos puede emprenderse. En la cúspide de su poder imperial, en la primera década de este siglo, Inglaterra logró durante muchos años, invertir el 7 % de su renta nacional en sus territorios ultramarinos, al mismo tiempo que equilibraba su comercio mundial con importaciones masivas. (La importancia de estas inversiones está indicada por el hecho que la suma total de la ayuda e inversiones americanas en el exterior, tanto privadas como públicas, casi no alcanza al 2 % de su renta nacional). Es cierto que los motivos de esta aportación no fueron en absoluto altruistas, sobre todo al principio. Como otros pueblos occidentales, los británicos fueron a Asia y Africa a la búsqueda del comercio y fundaron un Imperio, debido, en gran medida, a que era una condición necesaria para un comercio estable. Ciertamente, no perdieron nada en su aventura, ni nadie puede cerrar los ojos al hecho de que excesiva avaricia acompañada de explotación de seres humanos jugó su parte en el sistema. Pero, nada, pienso yo, perdieron los países coloniales a la larga. La creación de riqueza no es un

proceso automático. Visión, inteligencia, paciencia para esperar la lenta maduración de la empresa, son factores esenciales de la creación de capital, y si el Occidente se benefició en gran escala en los primeros tiempos del comercio oriental y africano, africanos y orientales ganaron en ser integrados en un sistema internacionalmente organizado a base de la división del trabajo. Ferrocarriles, carreteras, puertos, ciudades, servicios, trabajos de irrigación, cultivos de exportación, todas estas condiciones previas a la creación de capital siguen siendo en Asia y Africa una herencia del período colonial.

*En tercer lugar*, fué exclusivamente a través del sistema imperial cómo "Pax Britannica" se mantuvo casi sin interrupción durante un siglo largo. Sin esta paz relativa el desarrollo económico en larga escala en Africa y Asia no hubiese podido realizarse. Pequeñas guarniciones esparcidas sobre el globo, la omnipresente British Navy, proporcionaban un esquema de seguridad dentro del cual el turbulento subcontinente indio, como los siempre enemistados sultanatos de Malaya o las agitadas orillas del Océano Indico o las belicosas tribus de Africa, conocieron la paz, muchos de ellos por primera vez en largos períodos de su historia.

En el cuadro de este flexible sistema político no solamente floreció el comercio británico, sino que surgió una economía mundial. Las Américas se desarrollaron tras de océanos guardados por navíos británicos. Cada vez mayor número de naciones fueron integradas en la corriente de comercio y crecimiento. Hubo un tiempo en que el crecimiento sin obstáculos parecía el orden de la Naturaleza; el comercio internacional se equilibraba a sí mismo, el capital fluía a donde era necesario. Parecía que una mano escondida estaba al trabajo sin esfuerzo y esta mano (como aparece claramente volviendo la vista atrás) era en gran parte británica. No es una de las menores ironías de la Historia que el siglo XIX y el comienzo del XX, que muchos de mis compatriotas consideran como la Edad de Oro, fué una era sostenida —incluso para la republicana y anticolonialista América— por el esfuerzo del poder imperial británico.

Me apresuro a añadir que, al señalar algunas de las virtudes del orden fenecido, no omito sus conocidos defectos y vicios. Ni tampoco sugiero su renacimiento. Hay muchas razones para que el colonialismo, como fase histórica, deba desaparecer.

Por una parte, estas transferencias de poder están profundamente ancladas en principios que creo son justos moralmente. Entre ellos, el principio de autodeterminación como derecho inalienable. Burke lo formuló en el Parlamento británico casi hace doscientos años, mientras que las colonias americanas lo establecían en los campos de batalla. Los primeros, y en algunos aspectos los más grandes admi-

nistradores de la India —hombres como Munro y Elphinstone— declararon en los años cercanos a 1820 que la única justificación de la dominación británica era preparar al pueblo indio para su propio gobierno mediante un estado moderno. Y así ha sido en todas partes. Los pueblos de Asia y Africa, una vez puestos en contacto con la educación inglesa, aprendieron, como lo habían hecho los americanos antes que ellos, que no hay lugar para la servidumbre en la Constitución británica. Derivaron estos pueblos de sus gobernadores británicos los principios bajo los cuales el Gobierno británico sobre ellos habría de sucumbir. A la postre, la independencia, podría ser celebrada por ambas partes como la consumación de los deseos mutuos, no como una separación: es la actualización de principios y procedimientos mantenidos y reverenciados en común, no rechazados por ninguna de las dos partes.

También existen, según creo, poderosas razones económicas para poner término al gobierno imperial directo.

Para las potencias colonias, las colonias en el siglo XX aparecen no como una fuente de ganancias, sino como una carga cuando se las considera desde una perspectiva económica general. Con una política moderna de bienestar general y con concepciones modernas de la inversión y de la expansión, la financiación de los territorios dependientes se ha convertido en cada vez más costosa.

Inglaterra, por ejemplo, se ha encontrado con sus reservas de capital trágicamente reducidas como consecuencia de dos guerras mundiales en las que luchó desde su primer al último día, y solamente gracias a una autodisciplina espartana ha podido hacer frente a sus responsabilidades económicas mundiales. El equivalente de toda la ayuda del Plan Marshall recibida por Inglaterra fué entregado a la India como consecuencia de la liberación de las cuentas en esterlinas. Fondos de ayuda para el bienestar de las colonias y para el desarrollo económico han sido empleados en Africa. Inglaterra participa en el Colombo Plan para Asia. Banquera de toda el área de la libra esterlina, ha mantenido, con milagrosa habilidad, el 50 % del comercio total mundial con unas reservas en dólares no superiores a las poseídas por la Ford Foundation. Y por si todo esto no fuera poco, Inglaterra ha gastado, durante bastantes años el doble que Alemania, su competidora comercial, en la defensa común del mundo libre.

¡Pero el esfuerzo se ha hecho sentir. Las crisis recurrentes de la libra —que algunos críticos en mi país han sido felices en criticar y atribuir a los experimentos británicos en el Estado tutelar y a las nacionalizaciones de las industrias claves— hay signos evidentes de unas responsabilidades mundiales superiores a lo que su economía

puede soportar. Las naciones libres, y América no menos que el resto, han obtenido una seguridad considerable como consecuencia del esfuerzo, pero para Inglaterra el precio ha sido excesivo.

¶Para los pueblos dependientes también ha llegado el tiempo de la transición.

En el proceso de crecimiento y expansión llega un momento en el que solamente esfuerzos heroicos —una enorme aportación de trabajo productivo, una disciplina férrea— pueden lograr transformar en dinámica una economía estática. Si una de las condiciones es, como afirman los economistas, la capacidad de la nación para aumentar la proporción anual de renta dedicada a la inversión, digamos, del 5 % a aproximadamente el 12 % de la renta nacional, grandes sacrificios deben realizarse. Una verdadera dirección, un impulso, gran energía y eficacia administrativa son necesarios que los gobernantes extranjeros, por bien intencionados que sean, es dudoso puedan proveer, mientras que pueden emerger, casi milagrosamente, del mismo pueblo en la llamarada de orgullo nacional que acompaña a la libertad nacional.

No, no abogo por la restauración de la dominación europea. Ya es tiempo que los capitanes se marchen, tiempo de que los pueblos de las áreas excoloniales asuman el control de su propio destino. Aplaudo la manera en que el pueblo inglés se ha encarado con esta realidad. En verdad que podría defenderse con buenos argumentos que los británicos han demostrado ser los más eficaces anticolonialistas! En el mismo momento en que alcanza su nivel más alto el renacido imperialismo ruso.

Pero insisto en que se reconozca por todos, y en especial por mis compatriotas, que el fin de la dominación no significa automáticamente el fin de los problemas con que se enfrentaban los imperios. Los problemas permanecen y algunos grandemente incrementados en dificultades y peligros a causa de la desaparición del poder imperial. Sin duda esto aparece como evidente a cualquiera que pase revista, aunque sea somera, a la situación ahora existente en las zonas excoloniales, un año después de Suez.

La pura verdad es que las cosas no van muy bien para nosotros en las áreas en que las sociedades colectivistas y que las que se basan en el principio de la iniciativa individual compiten por la adhesión de millones de seres que, realmente, casi desconocen las diferencias entre uno y otro tipo de sociedad. En Indonesia, en medio de la confusión, el Comunismo está realizando avances peligrosos. En la India la crisis se acerca a su culminación, el Segundo Plan Quinquenal está en peligro, la desocupación o el paro cualificado alcanza la cifra de 50 millones, y los comunistas —que han conseguido

ya el control del pequeño pero densamente poblado estado de Kerala—, agitan con persuasión cada vez más eficaz. En el Próximo Oriente la Rusia Soviética —que se abrió paso, bien armada, por la puerta del Egipto de Nasser mientras que la política occidental era más notable por su confusión que por su clarividencia— ha alcanzado los objetivos perseguidos vanamente por los Zares durante siglos. En Argelia, el creciente nacionalismo debilita al mayor y más antiguo aliado de América, Francia. Hay agitación en Ghana, creciente tensión racial en Suráfrica y un aumento de la conciencia nacionalista en todas partes cuya represión, en cualquier sitio en que se ejerza, conducirá únicamente a la postre a una explosión.

En todas partes el desarrollo económico es el mejor seguro contra el colectivismo y el sistema de fuerza, pero en todas partes existe una aguda necesidad de capital, y en cada una de estas áreas subdesarrolladas juega ya una presión demográfica y peligrosamente alta y que aumentará con la mejora de los servicios de sanidad y médicos.

Como Alicia y la Reina Roja, las nuevas naciones de Asia y Africa tienen que correr más y más deprisa para permanecer en donde están. Sin embargo, les es difícil mantener incluso el nivel adquirido. No hay duda de que no podrán hacer frente a las crecientes necesidades en el futuro inmediato si no reciben más ayuda económica económica de las naciones altamente desarrolladas. Este hecho fué puesto de manifiesto con toda crudeza en la reunión reciente del Fondo Monetario Internacional y en la Conferencia del Lejano Oriente. Los países subdesarrollados están cogidos en un lazo que se aprieta progresivamente. Los precios que reciben por sus materias primas descienden a medida que la producción excede a la demanda, pero los precios que deben pagar por sus importaciones aumentan a medida que se desarrolla la espiral inflacionista.

Para llegar a ser y permanecer verdaderamente independientes estas naciones "hace-not", deben convertirse en fuertes económicamente; un hecho del que se dan cuenta sus dirigentes que exploran el mundo en busca de créditos y capital. ¿Pueden obtener créditos de los inversores privados? Hasta cierto punto pueden lograrlos.

Espero que los inversores americanos presten oído a lo que se les viene diciendo recientemente acerca de la disminución de los saldos de dólares y de las necesidades de dólares en el mundo exterior que ha alcanzado su punto de crisis. Los inversores americanos han sido también advertidos contra la excesiva preocupación por los riesgos del nacionalismo creciente. Después de todo, es un deseo legítimo de todas las naciones jugar un papel más extendido en el desarrollo de sus propias economías y la cooperación sobre

estas bases reduce los mismos riesgos creados por el nacionalismo.

Pero, como es lógico, el capital privado acude generalmente allí donde los beneficios son más altos, lo cual quiere decir que se dirige a los países más estables y con industrias en expansión. Cuando acude a las zonas no desarrolladas es normalmente en busca de beneficios altos y rápidos, lo suficientemente rápidos para que compensen los riesgos y a la vez los reduzcan. De esta manera las industrias extractivas, como la del petróleo, tienen más atractivos que los proyectos a largo plazo de transportes y servicios que estas zonas infradesarrolladas necesitan desesperadamente.

Es incluso si el capital privado estuviese mucho más dispuesto de lo que está ahora a emplearse en proyectos de desarrollo básico, no habría disponibilidades de él en la proporción que exigen las necesidades inmediatas. La India es un ejemplo ilustrador. Necesita, y debe lograr, créditos por mil millones de dólares o más para realizar el Segundo Plan Quinquenal, anunciado con tantas esperanzas el año pasado. ¿Y si no los consigue? El Comunismo se alimenta de la miseria y al norte de este gran subcontinente, que ha aprendido la esperanza, El Oso y el Dragón rojos esperan vigilantes.

Es obvio que los créditos más importantes solamente podrán ser proporcionados por los Gobiernos.

En relación con ésto, dos hechos del año transcurrido desde Suez me han preocupado grandemente. Uno es el aumento de la desgana con que el contribuyente americano—después de haber aportado 50.000 millones de dólares al exterior desde el fin de la guerra—se encara con la perspectiva de una continuación de la ayuda exterior en escala comparable a la ayuda pasada y congruente con las necesidades. Y, debido a la deficiente formación sobre la ayuda exterior, el americano medio parece mucho más dispuesto a gastar su contribución de dólares en ayuda militar al extranjero que en sostener el desarrollo económico, a pesar de que fortaleza militar sin sólido fundamento económico no es sino una ilusión. No percibo muchas posibilidades de cambio en la actitud americana a menos que una dirección fuerte y persuasiva tanto del poder ejecutivo como del legislativo se haga notar pronto y a menos que los medios de información de la sociedad americana proporcionen una idea apropiada de la naturaleza de la ayuda exterior.

El otro hecho causa de preocupación es el Libro Blanco Británico de julio último sobre "The United Kingdom's - Rôle in Commonwealth Development", anunciando el fin de las inversiones ultramarinas del Gobierno británico, especialmente en los países de la Commonwealth que recientemente alcanzaron la independencia, precisamente en el momento en que la necesidad de las mismas es

más aguda. He expresado mi admiración por el magnífico esfuerzo económico hecho por Inglaterra en los últimos doce años. Sin embargo, participo de los recelos de británicos bien informados respecto a la sabiduría de tal política. Sin duda, un quebranto del mecanismo de la libra esterlina en el mantenimiento del desarrollo y comercio de la Commonwealth pondrá en peligro no sólo la economía del Reino Unido, sino el mismo sistema de la Commonwealth.

Queda, obviamente, otra fuente de primera importancia de ayuda económica para el mundo libre: Alemania Occidental. Mientras que las naciones infradesarrolladas sufren la carencia crítica de divisas extranjeras las reservas alemanas alcanzaron un máximo de cerca 8.000 millones de dólares en septiembre de 1957. Bonn se preocupa, como es lógico, por la permanencia del exceso de sus importaciones y ha tomado medidas para corregir tal situación.

Yo he sugerido que Alemania tome la iniciativa de un programa intensivo de desarrollo económico en el exterior. No solamente ayudaría a mantener la paz y seguridad, sino que abriría mercados que Alemania y otras naciones comerciantes necesitan; y, finalmente, aliviaría a los Estados Unidos en mantener una carga tanto tiempo soportada por ellos.

Un fondo de desarrollo económico creado por Alemania Occidental, los Estados Unidos y otros países ricos en capital también merece consideración. Algunos países se muestran temerosos u orgullosos en lo que se refiere a préstamos de un solo país. Aparte de las ventajas manifiestas de concentrar nuestras reservas en dinero y mano de obra y técnica para realizar obras más grandes y mejores una agencia multilateral de la que Rusia fuese miembro tendría por lo menos la ventaja de limitar el uso que tal potencia hace de su ayuda económica como arma política unilateral. Y si la Unión Soviética rehusa su contribución a un fondo multilateral y persiste en operar aisladamente, las conclusiones serán obvias para todo el mundo.

\* \* \*

Para concluir: muchas de las dificultades presentes de las nuevas naciones se derivan del hecho de que el imperialismo occidental ha terminado y los sistemas imperiales han desaparecido. En el momento del nacimiento de las nuevas nacionalidades hay inevitables vacíos de poder. Eventualmente pueden ser colmados por los mismos pueblos excoloniales, pero mientras lo logran, estos pueblos están expuestos a fuerzas opuestas de las potencias careciendo de los instrumentos necesarios a la elevación de sus niveles de vida y al establecimiento de su propia seguridad.

El Occidente debe continuar facilitando lo que las potencias co-

loniales suministraban anteriormente: la garantía militar exterior y la ayuda económica interna que estos pueblos necesitan y pueden usar satisfactoriamente.

Nadie más que el Occidente puede hacerlo y estamos obligados a ello, no solamente porque nuestro interés presente y futuro así nos lo exige, sino también a causa de nuestras responsabilidades con la Humanidad.

Mi país, los Estados Unidos, se enfrenta con varios y graves problemas económicos en los años venideros —como controlar la inflación sin incurrir en una depresión, como combatir el analfabetismo económico que nos aflige, como mantener la carga de la defensa militar y como proporcionar las inmensas necesidades de capital de nuestra creciente población, escuelas, hospitales, carreteras, alojamiento, urbanización y saneamiento de los suburbios, planeamiento urbano, etc., etc.

Sin embargo, incluso, más importante es cómo disminuir la separación entre los "have" y los "have not", porque las raíces de la revolución y la guerra no solamente se hunden en las mentes y los corazones de los hombres, sino también en sus estómagos. Estos países son en su mayoría "no blancos" y principalmente países excoloniales con viejos resentimientos fácilmente explotables por los demagogos. Y si la medicina moderna aumenta rápidamente el número de sus habitantes, las comunicaciones actuales aumentan también su conocimiento del mundo y su consciencia de que la miseria y necesidad no es, al fin y al cabo, el destino inmutable del hombre.

Desde ahora tienen ya una voz, y haríamos mejor en escuchar atentamente lo que están diciendo.

(Traducción de F. MORAN).